lizar en una crónica sencilla: son del dominio de la filosofía de la Historia.

Lo que sí se palpa, porque está bajo la acción de los sentidos, es ese entusiasmo general; esa alegría creciente; esas manifestaciones espléndidas; esas fiestas grandiosas; ese movimiento inusitado, y podemos decir, nunca visto, que sostuvo una corriente humana y no interrumpida entre México y Guadalupe, durante el célebre mes á que acabamos de hacer referencia.

Para dar una idea de este movimiento, nos bastará decir que el número de pasajeros que circularon en los coches ordinarios de los Ferrocarriles del Distrito, fué de 434,271; cuyo número está tomado del de los boletos que vendió la empresa; de los que 103,205 fueron de 1ª clase, y 331,066 de 2ª

A éstos deben agregarse los que fueron en los 252 coches especiales, que en ese mes puso la empresa á disposición de los que los solicitaron, y en el sinnúmero de carruajes particulares y de alquiler, de los que, en determinados días, la mayor parte se trasladaron á la Villa; los que fueron en otros vehículos, y muchos, muchísimos, que fueron á pie.

Además de éstos, deben contarse los que residen en la Villa, y los que se trasladaron á vivir allí en esos días; de cuyos últimos se puede formar idea, por las plataformas que se alquilaron para el trasporte de muebles, cuyo número fué de 47. (1)

[1] Véase la nota de la página 82

Todos estos fervorosos Guadalupanos, al visitar ese templo, al respirar esa atmósfera, al adorar esa Imagen, se sintieron saturados de ese fluido de amor, que tan fácil y abundantemente se comunica á las almas sencillas; y todos ellos, al trasladarse á su país, no han podido menos que trasmitir estos sentimientos, como el cuerpo eléctrico comunica este fluido invisible y misterioso, al conductor con el que se pone en contacto.

Pasaron las fiestas Guadalupanas, como pasa todo lo que por su naturaleza es pasajero; mas su significación, sus ventajas y sus consecuencias subsistirán siempre, como subsiste lo que por su naturaleza es inmortal.

Estas consecuencias pueden resumirse en esta afirmación: México abunda en elementos tan favorables como numerosos, para ser una Nación grande, feliz y poderosa.

Esas ventajas, son las que resultan á un Pueblo, que cuenta con la mediación de la más eficaz de las intercesoras; con la protección de la más poderosa de las Reinas; con el amor de la más tierna de las Madres.

Aquella significación está condensada en estas evidentes verdades:

MEXICO ES UN PAIS EMINENTEMENTE CATÓLICO.

SUS HIJOS CONSTITUYEN UN PUEBLO EMINENTEMENTE GUADALUPANO.

Sermones.

I

Predicado por el Ilmo. Sr. Obispo de Cuernavaca, D. Fortino Hipolito Vera, el día 3 de Octubre.

"Et apertum est templum Dei in cœlo: et visa est arca testamenti ejus in templo ejus."
Y se abrió en el cielo el templo de Dios, y en medio de él vióse el arca de su testamento.
(Apocalipsis de S. Juan, cap. XI vers. 19).

Ilmos. y Rmos. Señores: (1)

AUN estamos impresionados por el acto solemnísimo que acaba de tener lugar en este Santuario. La consagración de tan suntuosa Basílica y sus altares, celebrada por doctos Obispos con las imponentes ceremonias de la Iglesia, hará siempre época en los fastos de nuestra historia eclesiástica. Jamás olvidaremos el momento de todos deseado, en que arrodillados dichos Obispos, el muy venerable sucesor del insigne Zumárraga descubrió esa celestial Efigie; hecho equivalente á decir tanto á los presentes como á los ausentes: "Hé aquí ya en su templo á la Soberana Señora, aparecida con gran gloria y majestad en estos riscos del Tepeyac el memorable año de 1531, ofreciendo "oir las lágrimas de cuantos á ella ocurran."

¿Quién no advierte cuánta semejanza hay entre los hechos referidos y la revelación que en la Isla de Patmos tuvo el Evangelista cuando decía: "Y se abrió en el cielo el templo de Dios, y en medio de él vióse el arca de su testamento?" ¿Quién, meditando en la portentosa aparición de la Virgen del Tepeyac, no la contempla llenando de gloria á la nación mexicana, como en otro tiempo la misma Inmaculada María santificaba con su presencia la casa de su prima Santa Isabel, quien, inspirada por el cielo, exclama: "¿De dónde á mí que la Madre de mi Señor venga á mí?"

Aplicado por la Iglesia al Prodigio Guadalupano el Evangelio en que se hallan las anteriores palabras, no vacilamos, católicos, en adaptar el texto del Apocalipsis al estreno de esta privilegiada Catedral y á la gran ceremonia que en ella va á verificarse el día del aniversario del descubrimiento del Nuevo Mundo. Compréndese desde luego el pensamiento que voy á exponer: "La dedicación de esta grandiosa Basílica y la Coronación de la milagrosa Virgen de América, constituyen uno de los más espléndidos triunfos de la santa causa Guadalupana."

Cuán feliz soy, Madre mía, con ser el primero en tener la honra de predicar en esta Basílica. No permitais, Señora, que yo, el último de los Obispos, venga á profanar el lugar santo. Alcanzadme del Divino Espíritu expresiones de fuego para inflamar la fe de los piadosos potosinos. Escuchad la última salutación con que en estos momentos te invoco, valiéndome de las palabras del arcángel Gabriel. *Ave María.*

Et apertum est templum Dei in cœlo: et visa est arca testamenti ejus in templo ejus.

Y se abrió en el cielo el templo de Dios, y en medio de él vióse el arca de su testamento.—(Lib., cap. y vers. cit.)

¡Admirables son los designios de la santa y sabia Providencia en todas sus obras! A medida que el escepticismo pone en tela de juicio lo más santo, lo más sagrado, nuevos acontecimientos vienen á robustecer la piedad de los fieles.

¿Quién ignora que la dedicación de templos de primera magnitud, consagrados al verdadero Dios, siempre ha sido altamente significativa en los anales religiosos? Al erigirse el magnífico templo de Jerusalem ¿no es muy sabido que tenía su plenitud un vaticinio divino en el cual anunciaba el Señor "que no sería el piadoso David sino Salomón quien lo había de edificar?" Siendo tan célebre templo monumento de la predilección de Jehová al pueblo escogido, compréndese inmediatamente que al dirigirle allí sus plegarias los israelitas, recordarían cómo la omnipotencia divina libró á sus padres de la cautividad de Faraon, sepultando en las aguas del mar Rojo á todos sus enemigos; cómo los alimentó en el desierto por el espacio de cuarenta años con el prodigioso maná que descendió del cielo; cómo en medio de truenos y relámpagos recibió Moises en la cumbre del Sinaí las tablas de la Ley; en una palabra, cómo llenó á su pueblo de otros muchos y singulares beneficios.

Reflexiones son éstas, oyentes míos, que ocurren al contemplar absortos las colosales obras de ensanche, reparación y embellecimiento llevadas á término en esta suntuosísima Basílica, consagrada y dedicada hace tres días, con las sacratísimas ceremonias mencionadas al principio de este discurso.

Ciertamente, al través de estos mármoles, de estos preciosos metales y de cuanto la ciencia y el arte han podido idear para el mayor esplendor de este Santuario, no sólo asombra ver la inquebrantable fe nacional en la gloriosa Aparición de esa celestial Imagen, expresada con tanta munificencia por la edificante piedad mexicana; sino que remontándose á los orígenes del culto aquí tributado, sorprende mirar espléndidamente cumplidos los ardientes deseos de la Madre de Dios, quien en estos santos lugares del Tepeyac ordenó al venturoso neófito Juan Diego fuese á México, á manifestar al Obispo cómo era su voluntad soberana que aquí se le edificase un templo donde como Madre amorosa suya y de to-

1 Estaban presentes los Ilmos. Sres. Obispos de Querétaro, Chilapa y Saltillo.